

LAS HUMANIDADES ROMPEN EL SILENCIO

Roberto Quiroz Pizarro

A Carmen

A penas han transcurrido algunos años del *Novum Millenium* y todos quienes esperábamos un mínimo acercamiento a la “paz perpetua” concebida por los filósofos, o quizás, avizorar en el multicurriculismo contemporáneo algunos gestos del *homo novus*, tenemos ahora que cerrar los ojos para no ver la realidad; esquivar de algún modo el horror que esparcen las guerras en todas las conciencias aún dignas de ese calificativo humanista. Pero no será que nuestra ética ha enfermado a tal punto que ya no distinguimos bien entre amigos y enemigos, entre hombres de paz y hombres de guerra. La pregunta lejos de ser capciosa llega a convertirse en una dramática marcha de almas bordeando la frontera de la nada. Nuestra humanidad ha vuelto a seguir una huella que, lejos de amparar alguna causa legítima, nos avergüenza y rompe el rostro de tanto dolor. Hasta cuándo hemos de continuar siendo arrastrados hacia la penumbrosa ergástula dominada por los que nada más tienen espacio para idolatrarse a ellos mismos, a cualquier precio y en todo momento. Como lo decía Neruda, con tales avatares en el alma uno llega a padecer “cansancio de sí mismo”, nihilismo humano, atrofia espiritual.

Bajo este escalofriante sentimiento, quisiéramos darle una breve tribuna a un hombre que en su tiempo fue mártir de la verdad, de la probidad política y del bien social. Ninguno de estos valores opacaba al otro ni era el ánimo filosófico de Sócrates –nuestro invitado–, el ridiculizar al prójimo, al “polites”, sino que su punta de lanza apuntaba hacia el sedentarismo y la arrogancia intelectual de los hombres, de aquellos que impulsan los destinos ciudadanos, y en palabras actuales, de los políticos y mandatarios democráticamente elegidos para ello, no para hacer la guerra o la humillación.

Sócrates y nuestro tiempo, tiempo de sombras

Sócrates mantuvo una estrecha y pública relación con la Atenas del siglo V. Esta ciudad fue su obra en materia educativa y humanista, saliendo a las calles y conversando con ciudadanos de todas las edades y rumbos de vida.

Roberto Quiroz, Las Humanidades rompen el silencio

Este interés político, derivado de la propia naturaleza de la "polis", era necesariamente asumido como una actividad que a todos involucraba, puesto que los acontecimientos de la nación no estaban disociados de la voz individual, siempre y cuando en ésta hubiera credibilidad y ejercicio crítico. Tal apertura de diálogo cívico entre las partes fue lo que le permitió a Sócrates debatir en aquella Atenas de creciente luz, y asimismo, apuntar hacia las más gravitantes verdades humanas, tales como la justicia, la libertad, la virtud, el bien, el alma.

La personalidad de Sócrates debió ser motivo de escándalo para los sectores moderados del medio ateniense. Hasta ese momento la educación de la sociedad estaba en manos de las lecturas homéricas, la armonía musical, la gimnástica y el devenir histórico. Nadie pensaba que un hombre con su palabra al viento pudiera volver a iluminar las ideas y pensamientos de toda una comunidad. Donde la sofística veía una tribuna para exaltar la subjetividad, Sócrates encontraba valores de la vida humana; donde unos disputaban con trucos lógicos y retóricos, este vagabundo del pensar fijaba los parámetros de la filosofía. Ninguno de los poderosos de aquel entonces pudo arrinconar con la verdad al *daimon* socrático. Al contrario, fue el mismo Sócrates quien supo cómo darle la vuelta a un argumento, de forma que sus dardos más afilados se volvieran contra su proponente. El espíritu del momento que se jactaba de democrático, retrocedió ante un solo hombre que sabía como frenar las generalizaciones con contraejemplos; incluso, la sociedad misma se vio amenazada por este hombre que promovía teorías provocativas y parodiaba los argumentos más respetables hasta convertirlos en sin sentidos o cosas peores. Entonces, al estado ateniense no le quedó más remedio que llevarlo a un juicio, para acallar así su voz de protesta. Pero ni en medio del tribunal Sócrates desfalleció en sus ideales, y tampoco lo hizo cuando le dieron la ocasión para desdecirse de su cometido filosófico. Al contrario, el filósofo claramente les respondió: "Agradezco vuestras palabras y os estimo, atenienses, pero obedeceré al dios antes que a vosotros y, mientras tenga aliento y pueda, no cesaré de filosofar, de exhortaros y de hacer demostraciones a todo aquel de vosotros con quien me tope, con mi modo de hablar acostumbrado, y así, seguiré diciendo: "Hombre de Atenas, la ciudad de más importancia y renombre en lo que atañe a sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de afanarte por aumentar tus riquezas todo lo posible así como tu fama y honores, y, en cambio, no cuidarte ni inquietarte por la sabiduría y la verdad, y por que tu alma sea lo mejor posible?" . Sin duda, estas expresiones de Sócrates vertidas en medio de la asamblea, confirmaban una vez más el motivo de escándalo, más aún si este personaje no se había

limitado a la simple escritura de sus opiniones, sino que había elegido reconstruir la palabra viva de los hombres, de todo aquél que se buscara a sí mismo.

Si miramos a nuestra época veremos el asombro de tener que convivir con los burócratas del discurso, tolerar las falsas elocuencias, escuchar a los ilusionistas del doble o triple discurso, o incluso, someternos a los discursos hegemónicos de quienes nos gobiernan. Nada más lejos del socratismo puede haber que nuestra deteriorada vida moderna de la semántica pública; del jugueteo y de la promiscuidad valórica de la palabra; de la retórica desgastada inútilmente en los estrados. Y nosotros con una sensación de realismo mágico nos preguntamos hasta cuándo, hasta dónde llegará el cinismo de todos quienes detentan cuotas de poder. Estas plagas son para nosotros los síntomas de un fin; la ruptura de una renovación social nunca cumplida; en una palabra, la entropía del alma cultural.

Para esa parte de la sociedad ateniense que hacía uso del poder, que lo sacaba a relucir sin que por ello lo ejerciera sabiamente, hay que recalcar que Sócrates delinquía gravemente. Sin embargo, para nosotros, observadores más lejanos en el tiempo, las cosas han cambiado sustancialmente. Hoy por hoy, la actitud socrática nos parece más firme, más digna, más comprometida con la verdad. Como ciudadanos modernos, con una sobrecargada experiencia histórica y con un escepticismo más a flor de piel, luego de asistir a tanta chismografía política, estamos por creer que Sócrates en realidad estuvo enfrentado a otra acusación, cual fue la de querer vivir de acuerdo al *logos*, a la claridad en el propio pensar y actuar, y consideramos que se dirigió con tales objetivos a la juventud ateniense. Al ser Sócrates un hombre de una sola palabra, sin trampajes de oportunismo social, a nosotros nos parece que él hizo un homenaje sincero a ciertas verdades que trascienden la mera obligación cívica. Eligió llevar a cabo un imperativo vital, cual era el de "vivir filosofando", concebido como el esfuerzo por mantenerse en la luz del propio entendimiento. Por cierto, lo hizo sin acomodamientos ni vasallajes con las fuerzas fácticas de turno. Así se convirtió en un mártir de la libertad de conciencia, y a ella la ubicó más alto que la conveniencia, el lucro, el conformismo o la reputación privada. Entenderíamos mejor todo este proceder si viéramos en el socratismo una forma de vivir, conforme a la conciencia, más que a una mera doctrina liberal de pensar lo que se quiera.

En esos días finales, en esas horas finales, luego de la condena injusta, hay que apreciar que Sócrates deliberadamente escogió la razón contra la opinión pública, el derecho por sobre el placer de la coyuntura. No le interesaba figurar, como a otros funcionarios más débiles o afectados de

Roberto Quiroz, Las Humanidades rompen el silencio

camaleonismo crónico. Esto fue un momento enorme en la historia de la humanidad, que tuvo unas consecuencias que nosotros hemos de saber atesorar. Tan enorme ejemplaridad vemos, que hoy, aquí reunidos aún sin voz demoledora, volvemos a reafirmar el desafío de la soberanía del espíritu por sobre todo. Por esas virtudes no vendibles, por la urgencia de salir del hundimiento, por la búsqueda de cambio, por su oponerse a la antirreligión de la sin razón, es que ahora la "vía socrática" se hace más necesaria y crucial ante el horror de la intolerancia, el genocidio de la sangre y la abolición de las libertades.

Si por un momento Sócrates mismo visitara nuestro tiempo, y buscando el ágora antigua se encontrara con nuestros magistrados, con nuestros líderes de opinión, entonces qué sucedería. Seguramente lo veríamos cabizbajo, alejándose de esa muchedumbre, pensativo, sintiendo que de poco han servido sus palabras. De todo ese sinsabor con la realidad de nuestros pueblos, le rondaría una gran inquietud, iracundia y fastidio de espíritu. Consideraría que como ayer los atenienses, hoy el hombre moderno ha olvidado hacer de la verdad un diálogo sin fin, un ejercicio de cada día. Y con su habitual ironía socrática nos daría este consejo: "Mira cuán extraño es que los hombres crean que saben y, sin embargo, ni sepan nada ni sean nada... Ríete, pues de los hombres; pero no olvides que TÚ también eres un hombre, y ríete de ti mismo. Tan pronto como logres hacerlo, habrás superado la torpe afirmación de ti mismo. Aprecia la diferencia entre lo auténtico y lo inauténtico, entre realidad y apariencia. Tórnate exigente, no por ti mismo, sino por la verdad, y no frente a los demás, sino frente a ti mismo. La medida apropiada yace en ti, así como la capacidad de someterte a ella..."

Aunque ya no estamos en la Atenas del siglo V, la vigencia acusatoria sigue en pie. Ha pasado a nuestras manos de hombres de otros siglos, pero no por ello, menos anhelantes de justicia y dignidad humana. Ahora somos nosotros quienes acusamos no a Sócrates sino a nuestra sociedad de corromper a la juventud; a las autoridades del status quo de introducir nuevas divinidades de culto; a la publicidad barata y miope que hace del argumento débil uno más fuerte; a aquellos que sin hacer nada se vuelven cómplices de la injusticia; en una palabra, acusamos al estilo actual de hacer sociedad; a la prepotencia armamentista que acalla las voces disidentes de la tierra; a la casta de la corrupción, porque ya no reflejan el mandato délfico. Queremos que como hombres beban su propia cicuta deleznable, que sean capaces de padecer una "metanoia" en el alma, y no de que simplemente se golpeen los pechos como acostumbra en las iglesias.

Recordando a esta célebre figura ateniense, creemos que hay que volver al equilibrio moral, a la fuerza de la rectitud. Hay que volver al origen, al corazón de la democracia. Hoy lo pensamos y lo sentimos, y esto es una razón suficiente para que los gobiernos cambien, para que el mundo nos escuche. Sócrates no fue ni actuó como un leproso de espíritu. Tampoco nosotros lo somos. Sin embargo, por todo lo que vemos en la humanidad, parece que nuestros líderes, nuestros conductores, nuestros dignatarios así nos quisieran tratar, puesto que de ellos sólo recibimos deshonor, vacilaciones, fariseísmos, y legislaciones carentes de humanidad.

Una vez que asistimos al homenaje *post mortem* de este filósofo, y luego de mirar a nuestro presente de la peor pobreza política, no estaremos lejos de decir con Erasmo de Rotterdam: **Sancte Socrates, ora pro nobis**, "Santo Sócrates, ruega por nosotros".